

# ASÍ, NO SON TRAZAS

Francisco Miguel Cubero Lorón

Image not found.

# Capítulo 1

## Así..., no son trazas

Sonó el timbre de la puerta de entrada y el empleado de caja, atendiendo como estaba al recuento del dinero que le había entregado el cliente que tenía frente a él, pulsó el botón de apertura y entraron tres personas en las que no reparó, mientras la contadora iba acumulando los billetes ya controlados.

- "¡Arriba las manos: quietos todos y no pasará nada. Esto es un atraco!"

Los que eso gritaron, eran tres jóvenes negros, con más aspecto de vendedores del top-manta que de atracadores, porque llevaban ropa de marca de imitación, y zapatillas deportivas, último modelo de las Adiddas que aún no habían salido a la venta, ni en El Corte Inglés.

Los clientes, se tiraron al suelo y los empleados, levantaron las manos, para que no pareciera que activaban alguna alarma. Bueno, todos no: el que atendía al del ingreso de efectivo que la máquina seguía contando como si con ella no fuera lo del atraco, se les quedó mirando, pero como con incredulidad, más que con miedo a lo que pudiera resultar de todo aquello.

- "¿No me has oído? Que esto es un atraco. ¡Danos todo el dinero que tengas y abre la caja ahora mismo. Y sin trucos, ¡joder!", le dijo uno de los atracadores, al empleado de la caja. "Y deja de mirarme con esa cara de estúpido... ¿o es que llevo monos en la cara?. ¿Qué te pasa, capullo?"

Los otros dos atracadores, empezaron a mirarse el uno al otro, sin dejar de vigilar a todos los que en el banco estaban, sin entender qué pasaba con el de la caja, que no reaccionaba como ellos esperaban que lo hiciera.

- "N... nada..., que me estaba fijando qu... que son Vds., n... negros", dijo el empleado asombrado.

- "¿Ah..., sí...? Pues no nos habíamos dado cuenta hasta ahora mismo, no te jode el tonto de los güevos, éste. ¿Y qué pasa si somos negros, o no somos negros? ¿Vas a notar diferencia si te pego un tiro yo, o te lo pega uno que sea blanco, o qué?". El atracador éste, que parecía el jefe del grupo, se estaba empezando a poner nervioso, porque ellos esperaban algo más sencillo: tres minutos de atraco y un botín para pasar un mes, a lo grande. Y aún les quedaría para mandar a la familia, en Senegal.

- "No, si yo no tengo nada contra los negros... pero es que los negros..., no atracan bancos. No les pega. Eso es más propio, de los albanos-kosovares, que son más del este. Lo de Vds. es, otra cosa..., la venta ambulante y eso. Oiga..., Vds..., ¿tienen los papeles en regla?", preguntó el empleado, como si lo fuera del Departamento de Extranjería.

- "¿P... pero qué gilipollez es ésa, de si tenemos los papeles en regla? Pues claro que sí. S... somos..., turistas. Y además... ¿qué cojones tengo yo que estar dándote explicaciones, si soy el que tiene la pistola apuntándote a ese culo que tienes por cara?", dijo el pistolero, que estaba desconcertado ante la actitud del empleado.

- "N... no me ha dicho su nombre, Sr...", siguió el empleado, ajeno a las amenazas que le acaba de soltar el atracador.

- "Idrissa. Me llamo Idrissa", le contestó de forma inconsciente.

- "Isidra, como mi tía, qué casualidad. De Senegal... ¿a que sí?". Y siguió: "¿Me permite su documentación, si es tan amable?. Es por sacar fotocopias, para su expediente. Vamos, si es verdad eso de que sí que tiene los papeles en regla", porque el empleado, ya empezaba a dudar de la palabra del Sr. Idrissa.

Ahora, los otros atracadores y el resto de empleados y clientes, se habían relajado y contemplaban incrédulos, la escena en la ventanilla de caja. Que no era tal ventanilla, sino sólo mostrador, pero que la gente seguía empeñada en llamarlo ventanilla.

- "¿Cómo..., "mi expediente"?", preguntó Idrissa, desconcertado.

- "Claro. Sí, es que esto es nuevo: cuando hay un atraco y, más, si es a mano armada de pistola, tenemos que rellenar este informe, por triplicado, con los datos de las personas que han intervenido en él. Es todo cosa de la U.E. Sus amigos... ¿cómo se llaman? ¿Son negros también, como Vd., Isidra?"

- "Pues claro que son negros también... ¿no se les nota? Y se llaman, Jawara, el más bajo y, Senghor, el alto".

- "Quería decir que si son también del Senegal, como Vd. Bueno, a ver, sus papeles y los de sus compinches, por favor. Y no se me amontonen, que cada cosica, una detrás de otra y a su tiempo. Seguro que en su país, allí, roban un banco y ni toman nota ni nada ¿o qué?", poniéndose puntilloso el cajero.

- "Pues no, porque como nos conocemos todos, pues no hay que enseñar documentación ni nada. Vds. lo blancos... qué raros son... joer. Por lo del papeleo y todo eso. ¡Jawara..., Senghor...!: pasad por aquí un momento

que os tiene que tomar nota el señor. ¿Tienen que firmar algo? Es que sólo saben firmar en francés". El empleado, alzó los hombros, mostrando indiferencia por ese detalle.

En esto, terció el cliente que estaba haciendo el ingreso cuando entraron a atracar y le dijo a Idrissa:

- "¿Van a tardar mucho? Es que aún tengo que ir a comprar y luego, ir a buscar a mis nietos al colegio. Lo digo porque me atienda un momentico aquí, Carlos, y que me dé el resguardo del ingreso y ya, si eso, ya me voy, y les dejo a Vds. a lo suyo, si no le parece mal". Idrissa accedió a ello, con una sonrisa blanquísima, y le hizo unas reverencias al hombre, al despedirse de él, con un "salá malecum, malecum salá", porque la educación no está reñida con el trabajo.

En esto, vio Idrissa que Carlos, el cajero, se disponía a guardar el fajo de billetes recién contados por la máquina, del cliente que no había podido quedarse a ver en qué paraba todo aquello, y le dijo:

- "¡Eh!, ¿qué hace con ese dinero?"

- "¿Qué hago...? pues guardarlo, que no lo voy a tener a la vista para que venga un atracador cualquiera, y se me lo lleve. A ver...".

- "Y yo..., ¿qué pasa..., no soy un atracador, aunque sea negro, o qué? Venga para acá ese fajo de dinero. Venga..., que le pego cuatro tiros, si se me resiste. ¡Senghor!: ven, recoge tú el dinero, éste", ordenó al compañero.

Senghor vino con una especie de sábana con una cuerda en cada esquina, la colocó sobre el suelo, puso el dinero en el centro, todo bien ordenado, tiró de las 4 cuerdas y la sábana aquella se plegó, formando una bolsa con el tesoro dentro. Y se echó el paquete, a la espalda.

- "Oiga..., Sr. Isidra..., que me parece que se le está derritiendo la mano. Mire qué gotones de piel, se le están soltando", le dijo Carlos asustado al atracador, señalando en el suelo, unas gotas marrones oscuras, bajo la mano que sujetaba la pistola.

- "¡Ahí va, joder...!, que no es la mano, que es la pistola, que es que es de chocolate. Si es que sin dinero, no se puede tener una infraestructura mínima para hacer un atraco en condiciones. A ver si con este primer dinero que nos ganamos aquí, podemos comprar un armamento adecuado y pasamontañas. Esto del pasamontañas lo haríamos por seguir con la tradición atracadora, aunque nos da igual, porque como todos los negros somos iguales, no pasa nada. Pero un revólver, una recortada..., no sé, es

lo mínimo, digo yo", concluyó Idrissa.

El director de la sucursal, que había permanecido en silencio todo el tiempo, por no inmiscuirse en esos asuntos que consideraba privados, ya no pudo más, y dijo:

- "Alto ahí, Sr. Idrissa. O sea, que con este primer dinero ahorrado en el atraco... ¿se lo van a gastar..., en pistolicas?". Y lo de "pistolicas", se lo dijo con un retintín que dejó descolocado al hombre. Y todos, atracadores y clientes, se quedaron en suspenso a ver por dónde les iba a salir el que dirigía la sucursal aquella.

- "P... pues sí, yo creo que es lo más apropiado..., vamos, me parece a mí. Mire cómo llevo la mano de pringosa. Es que pensábamos que la cosa no iba a durar tanto, pero es que el Sr. Carlos, que no es por desmerecer, pues es que es un poco lento, si se me permite el decirlo". Y le enseñó la mano, para que viera el amasijo en que había quedado la pistola.

- "No, no me desvíe la conversación. Vd., ya lo veo yo, que se me iba a salir de aquí con todo su dinero, porque ese dinero ya es suyo..., aunque sus métodos de obtenerlo..., no sean muy legales que digamos. Pero vamos, que ya, a hechos consumados..., suyo es. A lo que iba: que Vd. pensaba salir de aquí y, ¡hala!, corriendo, a la armería, a comprarse una pistola nueva, como quien no puede cagar, si no la posee. Vd. tiene mentalidad, Idrissa, cor-to-pla-cis-ta. Cortoplacista, sí, no me mire con esa cara, que así se llama el comportamiento suyo de pensar sólo en el corto plazo. Pero... ¿y cuando se jubile? ¿Ha pensado de qué va a vivir, cuando se jubile? Ah, claro, sí..., con la pensión del estado..., sí..., sí... ¡Já!: me río yo de la "pensión del estado"; y que ahora voy yo, y me lo creo, ¿o qué?. ¿Qué años tiene, si no ve inconveniente en contestarme?", le preguntó metido de lleno el director en su oficio de dar soluciones a las necesidades de los clientes.

Mientras Jawara y Senghor, rellenaban el formulario obligatorio exigido por la U.E. para estos casos, Idrissa, le contestó:

- "28 años".

- "La edad ideal", dijo el director, sonriendo.

- "Ideal... ¿para qué?", preguntó Idrissa, mientras se lamía lo que quedaba del arma venida a menos por el calor.

- "Para qué va a ser, alma cándida..., para hacerse un plan de pensiones que complementa a la pensión del gobierno, y pueda irse de viaje a Cancún, dar clases de zumba, comprarse un coche, y todas esas cosas...,

para cuando esté jubilado. ¿No comprende?", le aclaró el director.

- "Ahí afuera, ha debido de pasar algo gordo, porque está lleno de tanquetas de la policía", dijo uno de los clientes, mirando por la puerta, hacia la calle. "No sé qué dice uno de ellos con un megáfono, de salir afuera con las manos en alto. Pero no se ve que pase nada por ningún sitio", terminó, mientras miraba para arriba y para abajo, buscando el problema que la policía quería resolver.

- "Aquí..., aquí..., y aquí. Eso es..., muy bien...", les dijo Carlos a los dos atracadores, una vez que ya habían firmado en las tres hojas del documento. "Y qué..., ¿se animan Vds. también, a lo de su plan de pensiones, como su amigo Isidra? A ver, que si no lo hacen, nosotros, tan amigos ¿eh?, que es más por su bien, por el día de mañana, que no está la cosa muy clara". Jawara y Senghor, se miraron dubitativos porque veían que, en el fondo, aquél hombre tenía razón y se encogieron de hombros, resignados a hacérselo. Cuando se lo dijeran a sus padres, seguro que se ponían contentos, allá en el Senegal, y orgullosos ante los vecinos, por tener unos hijos tan juiciosos.

Senghor, con el saco a la espalda de los dineros, le preguntó a Carlos:

- "¿Y cuánto dice que había en el fajo de los billetes que le hemos robado?"

- "Pues..., exactamente... (y miró la copia del ingreso): 2.850€, contantes y sonantes", le contestó, mirándole por encima de las gafas de ver de cerca, que llevaba siempre.

- "¡Anda!: ahora está la televisión y unas ambulancias ahí afuera ¿pues qué debe de estar pasando, para tanto jaleo?", se preguntó el mismo cliente de antes.

Idrissa, llamó a sus compañeros y cuchicheando los tres juntos, bajo la atenta mirada de empleados y clientes, vieron inevitable que tenían que hacerse el plan de pensiones ése y que lo de invertir en pistolas de verdad, que podría esperar. Los tres de acuerdo, se chocaron los puños en señal de conformidad y se lo hicieron saber al director.

- "Bien, muy bien Idrissa, han tomado una decisión inteligente, máxime cuando nuestro plan de pensiones invierte en un conjunto de fondos de las máximas garantías y solvencia, con una selección adecuada de acciones de empresas punteras del sector del automóvil, petroquímico, aeronáutico y las artes gráficas. Sujeto a fluctuaciones en su cotización y esas cosas, claro, pero que se dan por sabidas, imagino". Y se le quedó mirando fijamente a los ojos, a ver si efectivamente, se daban por sabidas. Idrissa, tardó en comprender unos segundos lo que la mirada

significaba.

- "Sí, sí..., por descontado. Es algo inherente a la finanzas, no nos tiene que explicar nada más". Aquella mirada incisiva, le estaba poniendo nervioso y sólo tenía ganas de salir de allí, con los contratos de sus planes pensiones "garantía de futuro", como aseguró el director.

En la puerta de la sucursal, un policía, con chaleco antibalas, casco con cámara, y un subfusil enarbolado con autoridad, llamó a la puerta.

- "¿Qué deseaba?", preguntó Carlos, al abrirle.

- "Hemos recibido una denuncia de un transeúnte, de que aquí dentro, estaban pasando cosas raras y que observaba movimientos extraños en tres elementos sospechosos de origen subsahariano. Posiblemente, negros. ¿Puede aclararme este punto?", comentó el policía mientras observaba desde la puerta todo el interior de la oficina.

- "¡Sr. Isidra...!, que hay aquí un policía que pregunta por Vd.", gritó Carlos, queriendo desentenderse de algo que ni le iba, ni le venía.

Idrissa, se acercó hasta la puerta y se presentó al policía, a la vez que le preguntaba por el motivo de que quisiera hablar con él.

- "Martínez Remacha, inspector de policía. Mucho gusto", y le ofreció la mano, para saludarle. Idrissa, se la dio, y el inspector se quedó parado al notar el chocolate blandurrio y escurridizo, al entrechocar sus manos. Idrissa, se excusó:

- "Ya perdonaré. Es la inconsistencia del chocolate: de qué íbamos a pensar que se tardaba tanto en formalizar tres planes de pensiones. Estos trámites, en Senegal, allí van más rápidos: pin-pán, pin-pán..., y ya está hecho. Ya me entiende".

Al oírle, el policía, se quedó alarmado y le dijo:

- "¿Cómo..., que han formalizado unos planes de pensiones?"

- "P... pues sí, es lo que nos ha recomendado el director", contestó Idrissa, como quien cree que acaba de cometer un delito, y que busca a otro para que cargue con la culpa.

- "Hombre, claro que se lo habrá dicho el director, se lo dicen a todos, que van cieguicos por hacer planes de pensiones. A mi madre, que tiene 87 años, también le hicieron uno hace cuatro días, para cuando fuera mayor. A ver, si no le importa..., enséñeme los papeles, por comprobar de qué tipo se lo han hecho". Y a continuación, salió a la calle y llamo a otro policía, bajo sus órdenes. Éste, acudió veloz, armado hasta los dientes. "Sanchez,

póngame a los empleados contra la pared, las manos en alto, y controle que no destruyan pruebas. Que ni se meneen del sitio. Me temo que aquí hay más de lo que nos habían dicho en principio. Se respira el barro en cada rincón de esta oficina, se lo digo yo".

- "Oiga, señor policía, que yo soy la señora de la limpieza. Y de barro nada, que lo tengo todo limpio como los chorros del oro", dijo una señora que acababa de salir de los baños, con un cubo en una mano, y la fregona en la otra.

- "¿Empleada del banco..., sí o no?", le preguntó el policía Sanchez.

- "Empleada..., sí, pero de la limpieza", contestó Paquita, que así llamaba.

- "Pues eso, que contra la pared también. Y las manicas, en alto, que aquí no se me mueve, ni Dios". Y prosiguió: "Ssusórdenes, Sr. Inspector: ya tengo a los sospechosos contra la pared", dijo dirigiéndose hacia su superior.

- "Sr. Inspector...", dijo uno de los clientes en tono confidencial, "..., mire que el director está masticando algo y parece que se está poniendo amoratado, como si le faltara el aire".

- "Cagondió... isaque eso de la boca ahora mismo!", dijo el inspector, metiéndole un dedo dentro de su boca y sacando un revoltijo de papel a medio masticar. Libre de él, y pudiendo respirar, el director recobró poco a poco su color y pudo hablar.

- "No es nada Sr. Inspector, un papel sin importancia, que es que me dijo mi odontólogo que masticara papel para eliminar el sarro: uno al día, antes de las comidas. Tal cual", se excusó mientras recuperaba el aliento.

- "¿Sin importancia...? ¿Sin importancia dice, y pone aquí "Plan de Pensiones de D. Atanasio Rodríguez García..., firmado a las 9,20 h. de hoy mismo?. Insaciables. Son Vds., insaciables", dijo muy cabreado el inspector.

- "¡Aquí hay más contratos, en todas estas cajas y son todos..., planes y más planes de pensiones. Esto ya, es una trama de alcance impredecible", y el policía Sánchez, iba sacando y tirando al suelo montones y montones de contratos, que parecían no tener fin. Un sudor frío, le corría por la frente al director de aquella oficina, al que se le venía el mundo encima, sintiendo en la nuca el aliento pesado de la Ley.

- "Yo sólo cumplía órdenes, Sr. Inspector", dijo en tono sollozante el responsable máximo de la sucursal. "Y me tentaban con viajes al extranjero con todos los gastos pagados, si cumplía los objetivos

marcados. Que Vds. no saben lo que es eso: todos los gastos, pagados..."

Apartó una de las manos de la pared, para sacarse un pañuelo del bolsillo, con el que enjugarse las lágrimas y de paso, se sonó la nariz.

- "¡Eh...!, las manicas, en la pared", le dijo Sánchez, que no perdía ojo de los sospechosos, mientras seguía rebuscando en los archivos, a un tiempo.

En la calle, una multitud de curiosos, se agolpaba frente a la sucursal, rodeando a las tanquetas de la policía y a los furgones de varias televisiones de medio mundo. Algunos periodistas micrófono en mano, y con un cámara a su espalda, se acercaban a la puerta buscando la primicia de aquello que parecía una nueva trama corrupta, de las muchas que asolaban España.

Idrissa y sus compañeros, se acercaron al inspector, un poco abrumados por tanta expectación como se había creado con su atraco de tres minutos, y le dijo:

- "Nosotros, si no les es molestia, nos gustaría irnos ya, que hemos dejado en el fuego, una olla con los garbanzos y a ver si va a pasar algo, durante nuestra ausencia". Y mostrándole los contratos de sus planes de pensiones, y la sábana con el dinero embolsado en ella, le preguntaron:

- "Y con esto..., ¿qué hacemos?"

- "Ah..., esto no, esto no se lo pueden llevar, porque pueden ser pruebas de cargo contra estos empleados que con deslealtad a las instrucciones de la Entidad, han podido estar haciendo planes de pensiones, a diestro y siniestro, tal y como parece. Así que vengan esos contratos para acá, y lo demás, siendo de Vds., pueden llevárselo", le contestó el inspector.

- "¿Podemos despedirnos de los sospechosos? Es que aunque hayan actuado inadecuadamente, pues nos hacen duelo. Con nosotros..., no se han portado mal del todo", comentó Idrissa al policía.

- "Vale, pero sin trucos, que ya sabemos lo que pasa con lo del síndrome de Estocolmo ése, que se crean unos vínculos afectivos entre víctimas y verdugos, que no sirven más que para mal. Adiós-adiós..., y punto".

Y ya, con el permiso de la autoridad competente, se abrazaron los tres al director, a Carlos, y a la señora de la limpieza. Un momento de emoción, que embargó a todos los que lo presenciaron, policías incluidos.

- "Sr. Idrissa..., ya sabe dónde nos tiene, si necesita cualquier cosa. ¡Ah...!, sírvase Vd. mismo de coger una tarjeta mía de mi mesa, porque tenemos también unos préstamos hipotecarios en unas condiciones muy

ventajosas, y que sólo vamos a mantener hasta final de mes. Que nunca se sabe. Ángel Ochoa, para servirle".

- "¿Qué le ha dicho al hombre, sobre unos préstamos hipotecarios..., eh?", le preguntó el inspector al director, de muy malos modos, harto de sus maniobras comerciales sin entrañas.

- "No..., no..., me habrá entendido mal, seguro. Yo le decía que "estamos con los becarios", por lo de trabajando por su formación, que es por lo que se ha interesado el Sr. Idrissa, para un sobrino suyo", contestó Ángel Ochoa, para no agravar más la situación penal, en su caso. Aunque al fin y al cabo, sólo sería un "presunto", como los de la tele.

Cuando Idrissa, Jawara y Shengor (éste último, cargado con la manta del dinero, a la espalda) salieron a la calle, un montón de periodistas y cámaras, se les abalanzaron encima, interesándose por su odisea en aquél antro de corruptelas y malas prácticas.

- "¿Han sido torturados durante su cautiverio?", Raquel Ansón, de "Tele 5".

- "¿Es cierto que han encontrado restos de cadáveres en descomposición, en el almacén de la sucursal? Contéstennos, que somos de "Antena 3".

- "Para "Sálvame de Luxe"..., ¿estarían interesados en hacer una exclusiva para en nuestro programa?"

De repente, alguien gritó: "¡Están saliendo..., están saliendo...!"

Y al unísono, todos los medios que estaban centrados en los tres primeros liberados, se retiraron en busca de lo que estaba sucediendo en la puerta de la sucursal, que prometía más. Tres pringadillos, no daban suficiente carne para una tertulia o un telediario.

En efecto, se abrieron las puertas, y comenzaron a salir los clientes, recibidos como héroes por los curiosos en la calle, y en las ventanas y balcones de los edificios de alrededor.

Detrás, el inspector, seguido por los empleados esposados y cubiertas las caras con alguna prenda que impidiera a los periodistas fotografiarles y, tras él, Sánchez, con una caja de documentos incautados en la redada. Éste, les hizo un gesto con la cabeza a los compañeros que les esperaban fuera, como que entraran a continuar con la redada, y al poco, ya se vio cómo los policías de la UDEF (distinguibles por sus chalecos), salían cargando bultos y más bultos, que iban a ser analizados detenidamente, en sus dependencias.

- "¡Somos inocentes..., somos inocentes...!", gritaba el director bajo su chaqueta que ocultaba su cara, mientras hacía a duras penas esposado como iba, la "V" de victoria, con los dedos de su mano derecha.

- "¿Hay políticos implicados en esta trama de corrupción, cuyo centro de operaciones estaba en esta aparente tranquila sucursal bancaria?", les preguntó un periodista de "El Mundo". Pero ya, los empleados, caminando en fila, no pudieron responder, porque fueron metidos en un furgón grande, que salió a sirena desbocada, hacia la Audiencia Nacional.

- "Esto, ya nos lo veíamos venir nosotros, desde hace tiempo", dijo un señor que aseguró ser vecino del 5º, del mismo inmueble en cuyos bajos estaba la oficina que era registrada palmo a palmo, por varias dotaciones de policías. "Tantos planes de pensiones como hacían, con el lamín del regalo de la olla a presión Magefesa, en acero inoxidable..., mmmm..., no podía ser. A mi mujer y a mí, ya no nos salían las cuentas, con lo que vale una de esas ollas".

- "Pues en estos momentos, la calle se está despejando de las fuerzas de seguridad, de las ambulancias que afortunadamente no han sido precisadas, de la multitud de curiosos y de los compañeros de los otros medios. Pero... ¿cuál es el alcance de esta operación? ¿Estamos ante lo que pueda ser la punta del iceberg y lo que hay debajo, aún no llegamos a atisbarlo? A partir de aquí, todo está en las manos de los agentes de la UDEF, que con todo el material del que se han incautado, seguro que vamos a tener que seguir hablando..., pero que muchos días. Raquel Ansón, "Tele 5", buenos tardes, para los que ya hayan comido".

Idrissa, Jawara y Shengor, subieron con prisa los 4 pisos sin ascensor, para llegar a su vivienda, sofocados y un poco angustiados, porque se había pasado más de una hora, y abrieron la puerta con dificultad, por el nerviosismo que llevaban. Entraron, y fueron los tres directos a la cocina y comprobaron que la olla estaba en su sitio, y el fuego seguía con su llama baja, tal y como la habían dejado; levantaron la tapa y con un cuchara, Jawara, que era el que entendía de eso, sacó unos pocos de garbanzos, los enfrió soplando un poco, y los probó. Los llevó por la boca, los masticó, miró hacia el cielo mientras los saboreaba y sentenció:

- "Menos mal: están, en su punto. Hala, poned la mesa, que lo de esta mañana me ha despertado el apetito".

**F I N**